

Paula

Argentina M\$N 100 — E° 4



drama
las jóvenes
provincias que
van a santiago

.....
inseminación
artificial

.....
da de mañana

.....
de colores

.....
un molde

regalo !

paula encuesta

¿por qué se fracasa
en el matrimonio?



¿ Por qué fracasó este matrimonio ?

Otro caso llegado a la Gran Encuesta de PAULA y el Consejo de Orientación Familiar que la comisión consideró de interés a pesar de que en apariencia no es tan corriente como otros. Un problema que sin embargo preocupa a muchísimas mujeres... aunque no hablen de ello.

- **Muchas mujeres se aburren de sus maridos, aunque esto es más común que ocurra a los hombres.**
- **Algunas características masculinas también se manifiestan en las mujeres.**
- **Un caso más agudo que produjo dos fracasos matrimoniales.**

Creo que el fracaso de mi matrimonio fue en gran parte culpa mía... después de haber transcurrido años de mi separación, veo claramente que pude haber evitado tanta amargura... Cuando me casé, no era una novata. Ya tenía un divorcio a mi haber y una niña de casi doce años.

La primera vez me casé muy joven. Ambos éramos adolescentes que confundimos la atracción física con el amor, y después no quedó nada. Sólo la niña que fue nuestro lazo en común. Pero la segunda vez lo pensé mucho y creí sinceramente que por fin había encontrado mi otra mitad. Gustos similares, un grado de cultura más o menos balanceado, y sobre todo un profundo sentimiento de cariño con una adecuada dosis de atracción. Nuestras edades, yo treinta y él treinta y uno.

...

Pero algo me chocó; su familia... buena gente, honesta, trabajadora, pero inferior a mi nivel social. Pero decidí pasar esto por alto; total, me casaba con él y no con su familia. Además, él es de un trato agradabilísimo y su barniz de cultura le permite alternar en cualquier medio.

Trabajaba en una oficina. Yo también, pero él pertenecía a un departamento contable de una institución semi-fiscal y yo era y soy secretaria ejecutiva con dominio de inglés y francés... con más sueldo por supuesto... y de aquí salió la semilla de la discordia... Me sentía decepcionada al ver que él no ponía nada de su parte para mejorar su situación económica, y yo seguía llevando el fuerte de los gastos, como siempre.

Nuestros horarios no coincidían; él entraba a la una de la tarde, yo a las ocho de la mañana. Llegaba cansadísima a casa, a las siete o más, él después de las ocho, generalmente a las nueve, y pocos deseos me quedaban de ser una amante esposa al cabo de una jornada dura... y qué rabia me daba en la mañana cuando al despedirnos, él seguía durmiendo casi hasta las doce.

Mi cariño aparentemente seguía intacto, pero físicamente me alejé pretextando cansancio... y en realidad no mentía, estaba cansada, pero de él... de sus besos, sus caricias... me había acostumbrado al hombre pero como un hábito enojoso. Se había disipado la atracción física y sólo quedaba el afecto por el compañero de pieza y de cama. Cuántas veces, en la oscuridad de nuestro dormitorio, discutimos fríamente nuestras relaciones esporádicas y breves. ¡Cuántas veces me acusó encubiertamente de tener un amante! Y yo me pregunté una y mil veces el porqué de mi alejamiento, si acaso su falta de responsabilidad había influido en mí, o si simplemente se trataba de hastío, que trataba de encubrir con disculpas.

Entonces apelé a la infidelidad mental, que ante mi conciencia es más grave que la física. Para responder a su ardor, mi mente fabricaba un amante sin rostro, y me imaginaba que ese ser desconocido me tenía en sus brazos. Cierta vez un amigo común me produjo tal impacto que estuve a punto de traicionarme, ya que entonces mi desconocido tenía rostro y nombre.

Nuestra vida en común se componía de peleas y reconciliaciones, éstas siempre dulces, con lágrimas y promesas de amor y tolerancia. Pero ya se había trizado el respeto mutuo. Las palabras duras, los reproches, no se podían olvidar.

Transcurrieron cinco años. Y a nuestras relaciones se habían suavizado, casi no peleábamos. Nuestra vida marital carecía de importancia para ambos. Yo por mi frigidez y él, por el resentimiento que ello le causaba. No tuve amantes. Sospecho que él sí, pero en el fondo de mi corazón, no me importaba mucho. Total no le di lo que buscaba sólo fui su camarada.

Yo sabía que esta situación anormal no podía durar, pero ante los ojos de los demás, éramos una pareja feliz, mis amigas me envidiaban mi apuesto marido, elogiaban su finura, que desaparecía cuando chocábamos. Entonces era brutal. Llegó a castigarme algunas veces, y yo esgrimía mi lengua filosa y le sacaba en cara la mediocridad de su gente, que no me llegaba al talón en preparación, que mi familia era aristocrática en la patria de mi padre, y sobre todo, que vivíamos con comodidad gracias a *mi* sueldo. En fin, todas esas lindezas que por desgracia producen heridas difíciles de curar.

El epílogo de mi matrimonio se originó en forma totalmente distinta a como yo lo esperaba. Supe por terceros que mi chica sufría malos tratos a manos de mi marido, y esto me enfureció en tal forma que corté por lo sano: la separación definitiva y eventualmente la nulidad. Pero en mi ofuscación sólo un pensamiento era claro: amaba a mi esposo. El me confesó que no soportaba a mi hija y que su cariño por mí se había enfriado. Triste fin para un comienzo tan bello.

Y ahora me pregunto: ¿de quién es la culpa? ¿Tuvo algo que ver el

factor dinero? ¿La aparente incompatibilidad física? ¿Mi incapacidad para responder a su deseo? ¿O los roces con mi chica?



Y analizándome sin piedad, después de variadas experiencias amorosas posteriores a mi último matrimonio, he llegado a la conclusión que la falla fue mía. No importaron los reproches, los disgustos, sólo la frialdad de nuestras relaciones sexuales. Y es mi culpa porque para mí el amor físico debe ser variado, o de otra manera no le encuentro sabor. Expresándolo en forma cruda, necesito variedad, comer lo mismo pero cocinado en forma distinta. Y creo que muchas mujeres piensan igual pero por cobardía, por temor a parecer "distintas" se cubren con una máscara de hipocresía y achacan su frigidez al cansancio del trabajo. Igual que lo hice yo.

He tratado mi problema con un ginecólogo hace ya tiempo, incluso con un siquiatra, pero su única respuesta es que no he encontrado "mi pareja". Y eso no lo creo, porque entre mis ocasionales amantes uno que otro me ha hecho vibrar. Pero sólo a la primera o segunda cita porque después me acostumbro y no hay caso. No siento nada.

Nada más puedo agregar, sólo que me siento desorientada, con ya cuarenta años y una vida vacía sentimentalmente, sin el apoyo de un amor sincero. Mi hija, que es ya una mujer, no entiende mi actual retraimiento, mi afán de encerrarme en mi casa y hacer de mi trabajo mi droga. Temo ser herida, me aterran las nuevas experiencias

¿ Por qué fracasó este matrimonio ?

viene de la pág. 87

que a nada conducen y me dejan un sabor amargo. ¿Podré algún día serenar mi espíritu? A lo mejor con la muerte.

Desorientada

ANALISIS

Esta mujer "desorientada" tiene una lucha interna entre el deseo natural de toda mujer de tener un hogar, un marido y la estabilidad del matrimonio, y un afán inconsciente de aventura. Sólo entiende y goza el amor físico en el plano de la conquista. Como un donjuán femenino deja de interesarse por su

pareja una vez que la ha conquistado. Se siente satisfecha únicamente "la primera vez". Es decir cuando es nuevo, cuando está rodeada de emoción, en fin, cuando es una aventura.

El caso de ella es extremado. Probablemente tiene una anomalía sexual que se puede tratar síquicamente. Ningún donjuán —ni el más empedernido— se cansa de su conquista a la segunda vez como le ocurre a ella— "*...pero sólo a la primera o segunda cita, porque después me acostumbro y no hay caso. No siento nada*".

Muchas mujeres se sienten frustradas en el aspecto sexual y se acusan a sí mismas de frigidez. Algunas veces esto conduce al fracaso total del matrimonio. Otras a un matrimonio de apariencias que no satisface a ninguno de los cónyuges. No cabe duda que la intimidad sexual que no está provista de emoción está condenada a morir. Pero esta emoción no significa cambiar de pareja. Los mayores culpables de esta "frigidez" femenina tan corriente son los propios hombres. No están conscientes de la importancia del romance. De saber variar.

Este pudo ser también la falta de los dos maridos de "desorientada". Ella casi no menciona al primero, sin embargo es un antecedente fundamental para analizar su segundo fracaso: "... "La primera vez me casé muy joven. Ambos éramos adolescentes que confundimos la atracción física con el amor, y después no quedó nada". Al parecer, pasó lo mismo.

Puede ser que su segundo marido haya sido un hombre completamente normal. Pero ella, con su problema sexual, y esa seguridad, de valer más que él, pudo fácilmente inhibirlo. Esa diferencia de nivel cultural y social a que ella alude no

fue —sin duda— la causa de su fracaso, aunque contribuyó a ahondar las diferencias. Ella hería su calidad de hombre al sacarle en cara que ella ganaba más dinero y mantenía el hogar. Las características síquicas de ella son poco femeninas y eso es lo que se refleja en su actitud sexual. Esto es bastante notable en la relación que parece tener con su hija. Ella supo por terceros que su hija sufría malos tratos de su marido. ¿Cómo no se dio cuenta sola? ¿Cómo la niña no se lo dijo nunca? Esta falta de feminidad, (y de instinto maternal) que puede ser producto de una educación mal llevada, produjo en el terreno físico una especie de donjuán mujer, más anormal aún que un donjuán hombre.

Difícilmente habrían podido cambiar estas características, pero —por lo menos— si ella lo hubiera sabido habría podido ayudarse. Llegar a una madurez síquica que la hiciera entender que ese afán de aventuras no era normal y que los valores del matrimonio eran mil veces más importantes. Habría sido una madre más realizada... y su hija que ahora es mujer, habría entendido "su actual retraimiento, su afán de encerrarse en sí misma" y quizás la habría podido ayudar. También sus maridos —o esos amantes ocasionales de que habla— habrían podido hacer algo por ella si les hubiera planteado el problema. Quizás su orgullo no se lo permitió. O esa misma falta de femineidad tan evidente. Y por supuesto podría haberla ayudado un especialista o un médico que estudiara seriamente el caso y no respondiendo —al pasar—, que todavía no encontraba su pareja.

La comisión que analiza los casos llegados a la Encuesta está formada por: Roberto Sarah, médico siquiatra; Olga Melis, Orientadora; Flor Alicia Jirón, Asistente Social; Lina de Vieira, abogado; Digina Theoduloz de Lasserre, orientadora y Delia Vergara de Huneeus, periodista y directora de PAULA.